

Henry D. Thoreau

# Desobediencia civil y otros escritos

Introducción y notas de Juan José Coy  
Traducción de M.<sup>a</sup> Eugenia Díaz



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Títulos originales: *Life without principle* (1863); *Civil Disobedience* (1849); *Slavery in Massachusetts* (1854); *A Plea for Captain John Brown* (1859)  
Traducción de M.<sup>a</sup> Eugenia Díaz

Primera edición: 2005  
Segunda edición: 2012  
Quinta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Editorial Tecnos (Grupo Anaya, S. A.), 1987, 1999  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-6581-8  
Depósito legal: M. 46.590-2011  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción
- 43 Bibliografía básica
  
- Desobediencia civil y otros escritos
- 49 Una vida sin principios
- 82 Desobediencia civil
- 121 La esclavitud en Massachusetts
- 147 Apología del capitán John Brown



# Introducción

Henry Thoreau nació en el pueblecillo de Concord, en el Estado de Massachusetts, el 12 de julio de 1817. Su infancia y adolescencia transcurren en el mismo marco, el de su pueblo natal, en el que habría de discurrir hasta el final de sus días su vida entera. El propio Henry Thoreau resumía con humor su «experiencia viajera» diciendo sencillamente: «He viajado mucho en Concord».

En 1833, a los dieciséis años, ingresa en Harvard. Y allí se graduó, sin pena ni gloria, cuatro años más tarde. De su estancia en Harvard deja constancia en sus *Diarios*, comenzados justamente a su salida de la docta institución. Lo mejor que Harvard tuvo que ofrecerle fue su biblioteca, y en verdad que hizo buen uso de ella. Luego, ya graduado, siguió visitando esta biblioteca, y contra todas las normas entonces establecidas, y después de una pequeña batalla burocrático-ad-

ministrativa por conseguirlo, obtuvo el permiso oficial para poder seguir sacando libros. Por cierto, que su desapego por su *alma mater* –como algunos dicen– fue tal que hasta se negó a pagar un dólar por el diploma oficial que le acreditaba como tal. «Bástale a cada oveja su propia piel», consignó en su *Diario* al comentar este pequeño desprecio por un cartón medio ridículo al que ni él mismo le concedía apenas importancia alguna.

Para cuando Thoreau se graduó en Harvard, ya se había trasladado a vivir a Concord la familia Emerson. La amistad de Ralph Waldo Emerson y Henry Thoreau constituye uno de los hitos más significativos en la vida de ambos. En un comienzo, Thoreau encuentra en Emerson a un mentor y guía comprensivo, un poco paternal, pero para el joven Henry, catorce años más joven que «el maestro», aquello tuvo importancia.

En este contexto hay que tener en cuenta un dato significativo. En la ceremonia de graduación en Harvard, de la que se conservan «programas de mano», nos encontramos, en cuarto lugar, con la intervención al alimón de Charles Wyatt Rice, de Brookfield; de Henry Vose, de Dorchester, y de Henry Thoreau, de Concord. El título de la conferencia compartida fue el de «El espíritu comercial de los tiempos modernos, desde la perspectiva de su influencia en el carácter político, moral y literario de una nación». Los tres conceptos enunciados los desarrollaron, por ese orden, los tres personajes mencionados. Los espectadores y oyentes se debieron quedar algo estupefactos

cuando Henry Thoreau, al hacer uso de la palabra, propugnó sin ambages el axioma de que todos sus conciudadanos deberían, por lo pronto, invertir el precepto divino: «trabajando tan sólo un día a la semana y descansando los otros seis».

En este sentido, al graduarse e iniciar su vida «activa», Henry Thoreau se inclina más bien por la «pasiva». Ante su falta de interés en los «negocios» y el «espíritu emprendedor», esperables de todo joven de pro, dadas las circunstancias, Ralph Waldo Emerson le ofrece a Thoreau un arreglo de más o menos mecenazgo: a cambio de ocuparse de su casa, de pequeñas chapuzas en el jardín y el mantenimiento de los desperfectos, tendría allí vivienda y manutención. Henry Thoreau aceptó encantado la oferta, no sólo por venir de su admirado Emerson, sino porque, con semejante trato, el joven y ávido lector tenía acceso a la biblioteca del propio Emerson, una de las más extensas en aquellos momentos en los Estados Unidos. Allí vivió durante dos años, a partir de 1841.

Y el día 4 de julio de 1845, memorable fecha ya en los anales oficiales de la Historia oficial norteamericana, Henry Thoreau se recluye en una cabaña, construida por él mismo desde la primavera anterior, en Walden Pond. En un extremo alejado de una propiedad, también de Emerson, Thoreau inicia una experiencia de vida relativamente solitaria; y se dice que «relativamente» porque también para Thoreau, como para ese entrañable personaje camusiano de «Jonás o el artista en el trabajo», «solitario» es sinónimo de

«solidario». Allí permanecerá Thoreau, ojo avizor siempre, durante dos años, dos meses y dos días, y concluye con su experimento cuando cree haber conseguido los objetivos que se había autopropuesto al iniciar esta especie de aventura, proyectada al interior, que intenta desde el comienzo.

Al salir de Harvard, Thoreau había comenzado la redacción de su *Diario*. Y en esta época lo continúa, al mismo tiempo que redacta las dos únicas obras que habría de ver publicadas en vida: *Una semana en los ríos Concord y Merrimack*, consecuencia de una excursión con su hermano John en 1839; y el clásico *Walden o la vida en los bosques*, publicada en 1854 tras un laborioso proceso de redacción y correcciones sucesivas. Hasta siete borradores de *Walden* van siendo elaborados sucesivamente antes de que la obra final vea la luz.

Desde luego, la obra más importante de Thoreau son sus *Diarios*, publicados en 1906 en dieciséis volúmenes. De ahí procede todo lo demás: sus reflexiones, sus ensayos, sus obras más extensas, sus conferencias, su observación de la naturaleza, sus pensamientos más personales y sus juegos de palabras. Desde el otoño de 1837, recién graduado en Harvard, hasta muy pocas semanas antes de su muerte, Thoreau ahí consigna, día a día, el germen de la construcción de sí mismo y de la construcción, en consecuencia, de toda su obra literaria.

La ideología política de Thoreau queda perfectamente al descubierto en todas sus obras, en general, y



en los cuatro ensayos ahora agrupados en este volumen en particular. Su talante radical-liberal –por etiquetarlo de alguna manera, un hombre que como Thoreau resulta inclasificable e irreductible a fórmulas simplistas o etiquetas empobrecedoras–, su talante libertario y a un tiempo solidario, resulta de una extraordinaria actualidad. Antiimperialista, en el apogeo del imperialismo norteamericano de la primera mitad del siglo XIX; defensor del derecho a pensar por uno mismo, como defensa irreductible ante la avalancha de oportunismo político y compromisos ideológicos; ecologista convencido, en contacto con la naturaleza, cien años antes de los «verdes»; defensor acérrimo de las minorías indias, en proceso de exterminio; antiesclavista convicto y confeso, en plena efervescencia racial que había de culminar muy poco antes de su muerte en el estallido de la guerra civil; defensor del derecho a la pereza, o reivindicador de aspectos creativos del ocio con dignidad, mucho antes de la formulación de Paul Lafargue. Y todo esto hasta límites de un radicalismo que, lejos de disminuir con los años, se fue agudizando conforme éstos pasaban. Defensor ardiente y convencido de causas perdidas. No por perdidas menos justas.

Poniendo al descubierto estas terribles y sangrantes contradicciones del sistema, Thoreau lleva a cabo efectivamente un acto revolucionario constante. En 1908 iba a estrenarse en Nueva York una obrilla de teatro sin apenas sustancia literaria, pero que tuvo la fortuna de acuñar, con su título, una de las hermosas

teorías del *American Dream* siempre desmentidas por la realidad: el mito del *Melting Pot*, el crisol en el que se funden, como decía Crèvecoeur ya en el siglo XVIII, las oleadas sucesivas de inmigrantes que llegan a América en busca del paraíso ya en Europa perdido. Hasta tomar consistencia progresivamente, con el paso de los años, la denominada *anglo-conformity*: los que se adaptan, los que pierden sus propias señas de identidad nacionales y raciales o culturales o lingüísticas: negros, judíos, italianos, irlandeses, balcánicos, griegos, latinoamericanos de toda procedencia... Todos estos «marginales» deberán «reconvertirse» y dejarse asimilar, en cierto sentido «blanquearse» y conformarse a los denominados *yankees* de viejo cuño –*old-times Yankees*– que dictan la norma de lo que es o no es «americano». El lema fundacional, recogido posteriormente por las monedas de centavo –*e pluribus, unum*–, encierra unos riesgos de uniformismo, por las buenas o por las malas, que Thoreau supo muy bien entrever. Y resulta significativo que los tres personajes más admirados por Henry Thoreau a lo largo de su vida fueran, precisamente, un poeta marginal y maldito como Whitman; un guía indio que le acompañó en su excursión por Maine en 1857, Joe Polis, y el personaje medio héroe medio bandolero –pero siempre mito–, antiesclavista por excelencia, el capitán John Brown.

En consecuencia, otra de las características sobresalientes de Henry Thoreau, a lo largo de su vida y

de su obra, es el rechazo de lo establecido y sus actitudes de resistencia no violenta pero contumaz en busca de su propia libertad de pensamiento, palabra y obra. Esto exige un renunciamiento constante, es cierto. El resumen de esta actitud de libertad y de pobreza, de escasas necesidades a las que atender, de auténtica ascesis liberadora, lo encontramos en la frase que consigna en la página 162 del tomo cuarto de su *Diario* y que más tarde reproduce, tal cual, en uno de sus ensayos: «De acuerdo con mi experiencia, nada se opone tanto a la poesía como los negocios, ni siquiera el crimen».

Max Lerner, en un breve pero atinadísimo comentario, con respecto al significado de Thoreau, lo ha sabido comprender con clarividencia: «Rechazó el sistema de las fábricas porque significaba la explotación de los demás; rechazó igualmente el culto al éxito y el credo puritano del trabajo constante porque ello significaba la explotación de uno mismo». Y por ello Thoreau prescribe la siguiente cura a las amenazas del industrialismo en expansión de su época: «La renuncia total a lo tradicional, lo convencional, lo socialmente aceptable; el rechazo de los caminos o normas de conducta ya trillados, y la inmersión total en la naturaleza». Como no puede extrañar, esta segunda opinión procede de Lewis a propósito de su tipología sobre el *Adán americano*.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, ¿cómo extrañarnos de los cuatro ensayos seleccionados en este volumen? El primero de ellos constituye una especie

de «declaración de principios». Los otros tres, coyunturales, expresan el pensamiento de Thoreau en una gradación progresiva que Walter Harding ha sabido poner de manifiesto:

Existe incuestionablemente una progresión perfectamente definida en las tres principales declaraciones de Thoreau con respecto al asunto antiesclavista, desde «Desobediencia civil» hasta la «Apología del capitán John Brown», pasando por la «Esclavitud en Massachusetts». Se trata de una progresión de resistencia al Estado como institución. En primer lugar, tenemos la resistencia «civil» o «moderada» rehusando pagar impuestos. En segundo lugar, en la «Esclavitud en Massachusetts» nos encontramos con la arenga o la exhortación a violar una ley específica y concreta. La tercera instancia de este proceso aconseja la rebeldía abierta no ante una ley específica, sino contra el Estado como tal.

Lo cierto es que los tres últimos ensayos no constituyen sino una manifestación concreta, lógica y escalonada, como consecuencia de una serie de «principios» o actitudes éticas incuestionables que aparecen como meollo de la cuestión en el primero de los cuatro ensayos, y que por eso aquí se considera como clave o piedra angular. Éste es el orden lógico adoptado en la selección, y en la ordenación, de lo que constituye este volumen.

## «Una vida sin principios»

Desde los primeros años de la década de 1850, en el *Diario* hay ya fragmentos de este texto. Los sucesivos títulos que Thoreau le fue dando a su reflexión revelan perfectamente cuáles eran sus intenciones. «Ganarse la vida», «Vidas malgastadas», «De qué le aprovecha al hombre», en evidente alusión al pasaje evangélico de Marcos 8, 36. *The Higher Law* fue otro de los títulos utilizados. En marzo de 1862 el ensayo como tal fue aceptado para su publicación en el *Atlantic Monthly*. A los editores no les gustó demasiado ese título y sugirieron un cambio. Thoreau, que ya por entonces estaba muy gravemente enfermo y sin fuerzas ni para escribir, dictó la respuesta: *Life without principle*. La traducción, a gusto de cada cual. Hasta octubre de 1863 no apareció el ensayo, año y medio después de haber muerto Thoreau. Una especie de anticipo y testamento.

El día 6 de diciembre de 1854, a propósito de una conferencia que acababa de dar en Providence, reflexiona Thoreau sobre esta cuestión de hablar en público. Lo primero es estar convencido plenamente de lo que se dice y de la forma de decirlo. El «gustar» o no gustar al público es asunto más que secundario. Las reflexiones las integra Thoreau en su charla, y de hecho se trata en definitiva de «reflexiones en voz alta». Ya resulta que esta conferencia de Providence, pronunciada en el Railroad Hall, es la que ahora nos ocupa. Y, por cierto, fue un fracaso completo por lo que a la reacción del público se refiere.

Significativamente, como el propio Thoreau consigna también en el *Diario*, aprovecha la ocasión para visitar los «santos lugares» de Roger Williams, el disidente puritano que tuvo la osadía, ya en su tiempo, de luchar denodadamente por la separación de la Iglesia y del Estado, por reivindicar hasta sus últimas consecuencias el derecho inalienable del individuo a su libertad de conciencia, y que puso en tela de juicio el derecho del blanco a expoliar al indio de sus tierras y propiedades.

«Pensemos de qué forma se nos va la vida.» A partir de esta invitación a la autorreflexión, Thoreau construye su obra ensayística más significativa. Con un juego de palabras, muy característico suyo, nos aconseja: *Read not the Times, read the Eternities*, «no leáis los tiempos sino atentos a la eternidad». Y de acuerdo con su teoría del ensayo, de la que mucho se podría decir, en la página 167 del tomo III del *Diario* también dice exactamente: «No trato de apresurarme para detectar la *ley universal*: permítaseme más bien comprender con más claridad una instancia particular de ella». El juego dialéctico, continuo en Thoreau, reaparece en estos cuatro ensayos de modo evidente: y bien se podría afirmar que el primero de los que ahora nos ocupan, «Una vida sin principios», constituye el punto de partida, la preocupación por lo universal, pero sin prisas; a modo de testamento, cuando apareció en octubre de 1863, se comprendía ya en toda su extensión el largo viaje desde la noche más cerrada a la plena luz del día del conocimiento. Este conocimiento

pasa por lo particular y lo que de universal encierra, a la luz de lo cual se puede comprender cualquier fenómeno aislado o «pequeño» de la vida humana. «Vidas sin fundamento», sin duda, nos da la clave.

El contexto del que surge este ensayo se ha estudiado por extenso en otra ocasión, y a él hay que referirse necesariamente al tratar de valorar lo original, lo irreductiblemente personal, de la reflexión de Thoreau (40, 41 y 42). Es toda esa efervescente segunda mitad del siglo XIX americano en la que se está empezando a comprobar en qué se han quedado los viejos ideales de los Padres Peregrinos, de los Padres Fundadores y de los Padres de la Patria redactores de la Constitución norteamericana. Al sumidero van tantas y tantas esperanzas de una sociedad más justa, más libre, más igualitaria, en la que el hombre no sea lobo para el hombre ni los capitanes de empresa y reyes de la industria sigan explotando al amparo de un sistema, económico y político, que Thoreau detesta y contra el que se rebela.

Este elogio a la pereza que lleva a cabo Thoreau en su ensayo, como mecanismo de defensa, como táctica de resistencia civil y pacífica, pretende llegar a la preservación interior, a no dejarse contaminar ni convencer por las doctrinas económicas y sociales «liberales» al uso, de las que se convierten en portavoces interesados —es decir, beneficiarios de la corrupción— los políticos.

Henry Thoreau fue dándole vueltas a su propia experiencia a lo largo de muchos años. De hecho, inclu-

so, el capítulo undécimo de *Walden* se titula «Higher Law», más altas leyes: por encima siempre de lo legal, pura y simplemente considerado, está lo moral. Y su primer capítulo, «Economía», es también rigurosamente paralelo, en su formulación de «valores», a este ensayo de comienzos de su vida, de mediada su vida y de legado póstumo.

Lo curioso del caso es que para el estudiante de la literatura norteamericana este ensayo con frecuencia pasa desapercibido, oscurecida su trascendencia por otras obras más «famosas», no menos pero tampoco más significativas, básicamente *Walden* y «Desobediencia civil». Y el conocimiento, digamos «popular», de Thoreau se debe simplemente, en muchos casos, a las dos anécdotas más significativas de su vida: su ingreso en prisión por negarse a pagar unos impuestos que él consideraba injustos y su vida retirada en una cabaña en mitad del bosque. *The American Tradition in Literature*, de Bradley, Beatty, Long y Perkins, ni lo menciona. La *Antología* de Macmillan no lo recoge, así como tampoco la de Poirier y Vance. Y una de las mejores, la de Cleanth Brooks, R. W. B. Lewis y Robert Penn Warren, *American Literature: The Makers and the Making, Book B. 1826-1861*, tampoco recoge, en su selección de Thoreau, este texto fundamental. De las antologías más conocidas o de mayor uso, la única que recoge todos estos ensayos, con buenas introducciones y notas, es la *Norton Anthology of American Literature*, a cargo de siete profesores de literatura norteamericana, relati-



vamente desconocidos: quiérese decir, no consagrados del calibre de algunos de los anteriormente mencionados. Quizá por eso precisamente sí se hacen más eco de un Thoreau esencialmente contestatario, marginal, pero de cuya importancia en el contexto de la literatura de los Estados Unidos ya no hay nadie en su sano juicio que dude.

### «Desobediencia civil»

Este texto, sí; naturalmente, este texto aparece en todas esas antologías, con selecciones de *Walden* y algo de la poesía de Thoreau. Y es que este ensayo ha tenido de hecho una difusión mundial incuestionable y una influencia decisiva en personajes de la significación de Gandhi o Lanza del Vasto. En una carta al presidente F. D. Roosevelt, el propio Gandhi le confesaba que dos de los pensadores que más influencia habían ejercido sobre su pensamiento habían sido Emerson y Thoreau. Se supone que estas afirmaciones sí aparecerán en todos los libros escolares para americanos probos.

Lo que ocurre es lo de siempre, y tampoco hay por qué extrañarse demasiado: a un personaje contestatario o marginal en su época, más tarde se le asimila, el sistema le canoniza, y sus teorías se someten al escrutinio de los «académicos». Ya lo tenemos disecado. A fuerza de minuciosidad en el análisis se pierde de vista, sin imaginación, que aquello marginal de entonces

lo sigue siendo, que aquella sociedad de entonces muy poco más o menos es la de ahora, que las personas de allí las tenemos aquí, que los cambios tan enormes que la Declaración de la Independencia y la Constitución anticipaban siguen en buena medida sin realizarse. Y que a Henry Thoreau, «decimonónico y anticuado», «utópico e idealista», sin pragmatismo ni sentido de la realidad, visionario y medio excéntrico —es decir, apartado del centro—, se le puede estudiar sin peligro, porque se le tiene ya controlado, clasificado y neutralizado. La Academia es la especialista en estos menesteres: la «academia» hay que decir, por supuesto. Como tan certeramente nos cuenta Marcuse, ésta es la «pseudoneutralidad de la academia». Muy poco neutral, después de todo.

Si el trasfondo de «Una vida sin fundamentos» es el panorama general de los Estados Unidos de la época, el de «Desobediencia civil» es más concretamente el de la Guerra con México (1846-1848). Pretextando ridículas y supuestas ofensas por parte de los mexicanos, los Estados Unidos le declaran la guerra, toman Veracruz, le roban la mitad de su territorio al país vecino y firman la paz de Guadalupe Hidalgo. Todo así de sencillo. La guerra de México es, probablemente, el primer acto de jingoísmo clamoroso en la historia de los Estados Unidos. Noam Chomsky desempolvó el término en diciembre de 1986, a propósito de la venta engañosa de armas a Irán y del desvío de fondos para la «Contra» nicaragüense. Pero el escándalo es uno más de tantos. Tho-

reau se indigna ante la prepotencia, la agresividad y la marrullería de la acción norteamericana contra su país vecino. No le faltó más que acuñar la expresión. En una cancioncilla de *music hall* londinense de 1878 se decía:

*We don't want to fight, but by Jingo if we do  
We've got the ships, we've got the men  
We've got the money, too!*

(«No queremos luchar pero, por Jingo, sí lo hacemos, disponemos de los barcos, disponemos de los hombres y disponemos también del dinero»).

Se les empezó a llamar jingoístas a los defensores de la política de lord Beaconsfield, que propugnaba el envío de la flota británica a Turquía para impedir el alegado avance ruso sobre aquella zona. Por extensión, «jingoísta» fue, desde entonces, sinónimo de «patriotero vocinglero, chovinista». En los Estados Unidos, el primero, que se sepa, que utilizó el término fue el presidente de la Universidad de Harvard para descalificar las pretensiones agresivas de Teddy Roosevelt en 1895, por aquel entonces comisionado de la Policía de Nueva York, y que propugnaba sin más ni más la anexión inmediata del Canadá. Charles W. Eliot, entonces, no dudó en tachar de «jingoístas» al propio Roosevelt y a su ilustre amigo Henry Cabot Lodge, de luenga descendencia, y que sostenía la pintoresca teoría de que «lo que este país necesita es una guerra».

Muy poco más tarde, en 1898, los Estados Unidos ya tenían su «pequeña gloriosa guerra» en la isla de Cuba. Como la han tenido en Nicaragua, en Chile, en Granada o en Guatemala... La excepción a la regla fue Vietnam. A los ardientes defensores de la «liberación» de Cuba se les aplicó el mismo término de «jingoístas», aceptado, por cierto, por la Real Academia y definido como «del inglés *Jingo*, partidario de una política exterior agresiva. Patriotería exaltada que propugna la agresión contra las demás naciones». Por una vez, vale.

El jingoísmo norteamericano empieza de hecho antes que de palabra: Thoreau denuncia la agresión, critica los procedimientos, desvela los trucos y va a la cárcel, tan sólo una noche, pero se pasa seis años sin pagar impuestos que alimentan esa política gubernamental con la que él no está de acuerdo. Este nuevo escrito de Thoreau sigue la misma génesis y evolución que el resto de sus escritos y que el propio Thoreau resume en el tomo I de su *Diario*, página 413:

Desde todos los puntos cardinales, desde la tierra y desde el cielo, desde abajo y desde arriba, me han llegado estas inspiraciones y han quedado consignadas en su debido orden en mi diario. Después, a su debido tiempo, fueron aventadas en forma de conferencias, y de nuevo, oportunamente, pasaron de conferencias a ensayos.

Éste es también el caso de su famosa exhortación a la desobediencia civil.

El ensayo apareció impreso por primera vez en mayo de 1849, en una revista que se llamaba un poco pretenciosamente *Aesthetic Papers* y de la que era mentora la cuñada de Hawthorne, Elizabeth Peabody, hermana de Sophia. La revista duró poco, porque aquel primer número fue, al mismo tiempo, el último. En enero y febrero de 1848, Henry Thoreau ya había soltado su soflama al menos en dos ocasiones, ambas en el famoso Liceo de Concord. Si Thoreau se descuida un poco, no le da tiempo, porque la guerra concluyó en ese mismo mes de febrero de 1848, aunque, desde luego, no como consecuencia del activismo de Thoreau. Todo hay que decirlo, porque pensar que al jingoísmo pueda detenerlo y eliminarlo una conferencia más o menos, un panfleto más o menos, un libro más o menos, sería ilusión desmedida y más que vana esperanza depositada en la fuerza de la razón. Los jingoístas, no es necesario decirlo –y tantos otros–, vencen pero no convencen, sin más dialéctica ni más razón que la de la fuerza.

Cuando en la tarde del 23 de julio de 1846 Thoreau abandonó momentáneamente su retiro de Walden Pond para acudir al zapatero, el carcelero de Concord le recordó que llevaba tiempo sin pagar impuestos. Thoreau se negó por principio a hacerlo, y Sam Staples, con toda consideración, le dijo que le ponía en el brete de tenerle que encerrar. Thoreau contestó que muy bien: y en un apartado significativo de su ensayo nos relata Thoreau su noche en la cárcel y las reflexiones que aquello le suscitó. Más tarde incorporó este